

VIVIMOS EN EL TIEMPO DE LA CRUZ

(Meditación sobre Mc 8, 29-38)

Introducción

Si esta meditación que a continuación ofrezco, sirviera a alguien -como a mí me ha servido- para crecer en el conocimiento y el amor al sentido cristiano de la Cruz, estoy seguro de que habría prestado mediante ella un buen servicio en orden a que algún hermano o hermana hallase más paz y alegría en sus propias condiciones de vida, en las que, sin duda, de una u otra manera, está presente la cruz, el sufrimiento, el sinsentido. No se trata de una apología de la cruz que yo, como toda persona medianamente sana de mente, rechazo, pues no estamos hechos para el dolor, sino para la felicidad y el placer. Es por ello que, tendiendo nuestro entero ser a la bienaventuranza, y encontrándonos multitud de veces arrojados al padecer que niega su alegría propia a la vida, resulta de forzosa necesidad encontrar un sentido, un por qué y un para qué de esas situaciones que roban a nuestra existencia temporal equilibrio, armonía y futuro (a veces, hasta le roban la esperanza).

Encontrarle a la cruz un sentido es humanizarla, exorcizarla, quitarle toda apariencia o sensación de castigo o de condena. Encontrarle un sentido humano a la cruz es vivirla desde adentro, desde lo más genuino del ser, desde las dimensiones de altura y profundidad, de fidelidad a sí mismo y de conciencia de misión, que resultan irrenunciables a toda criatura que acepta serlo en camino hacia sí misma y en abrazo con la entera creación. Hacer mía la cruz que las circunstancias me arrojan, me permitirá encontrarme conmigo mismo y poder dar algo de lo mejor que hay en mí, que soy yo, a los demás que lo necesiten.

Hay que aprender de nuevo a hablar de la cruz, sin que sólo su nombre lance sobre la vida la sombra del sufrimiento inaceptable. Más bien nos tiene que ayudar a entrar en el sufrimiento necesario con la libertad de quienes saben vivirlo como expresión de amor a la vida en general y/o como camino hacia valores más altos y maduros del ser humano.

Que vivimos en el tiempo de la Cruz, significa, en primer lugar, que todavía no estamos en el tiempo sin tiempo de la Resurrección, pero que la segunda está en el camino de la primera. En el tiempo de la Cruz se gesta el tiempo sin tiempo de la Resurrección para los seguidores de Cristo Jesús (en realidad, para todos los humanos que aman la vida real, la defienden y tratan de hacerla crecer). En segundo lugar, que vivimos en el tiempo de la Cruz, quiere manifestar también la conciencia clara y humilde de la hermosa condición humana: *demasiado grande para bastarse a sí misma*. Es muy frágil el barro humano que contiene en sí tanta hermosura. Y en aceptar ambas cosas a la vez, sin negar ninguna de las dos en el terreno práctico, que somos muy grandes y muy débiles al mismo tiempo y en las mismas realidades que nos competen, demasiado débiles para tanta grandeza, ahí radica el imperio de la Cruz: si quieres ser todo lo grande que eres, has de aceptar en el mismo movimiento todo lo débil que eres (todo cuanto todavía no eres pero estás llamado a ser). No abrazar ambas dimensiones es la cruz sin sentido, la cruz que arrebató a los humanos lo mejor de sí mismos, hasta dejarlos abocados a la nada.

Vivimos en el tiempo de la Cruz. Y no querríamos vivir en otro. Es ahí, donde el amor a la vida genera el dolor de estar vivos; donde la clarividencia de mi “yo” no me permite ser sin los “otros”, pese a las dificultades de la comunicación y de la convivencia; donde el fracaso obtenido en el camino de la lucha por la verdad, o la justicia, o la paz, u otro cualquier valor humano universal, no me deja caer en las garras de la frustración, el desencanto, el resentimiento...; es ahí, en todos esos retazos de Cruz, donde me experimento a mí mismo como un ser en crecimiento indefinido. ¡Vivimos, y agradecemos vivir, en el tiempo de la Cruz!

¿Por qué la cruz?

Jesús manifiesta, a partir del testimonio de su propia vida, que toda misión de parte de Dios, se encuentra con alguna forma de rechazo por parte de los poderes de este mundo. Aparece así con toda claridad en el pasaje del evangelio de Marcos que tomamos como inspirador de nuestra meditación.

“Él les preguntó: ‘Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?’. Pedro tomó la palabra y dijo: ‘Tú eres el Mesías’. Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y empezó a instruirlos: ‘El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, ser juzgado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado, y resucitar a los tres días’. Se lo explicaba con toda claridad” (Mc 8,29-32a)

Y esto es también lo que ahora pretendemos que quede claro para nosotros. “*Vivimos en el tiempo de la Cruz*”, dijo en su día Sto. Tomás de Aquino. Lo que significa, que no podemos rechazar la Cruz, sin rechazar al mismo tiempo nuestra vocación cristiana en el mundo, en el espacio y tiempo en que nos ha tocado vivir. “*Se lo explicaba con toda claridad*”. No pretendamos seguir a Jesús sin tomar su Cruz, porque seguiríamos a un ídolo, una ideología más o menos religiosa, carente de valor para conocer al Dios vivo, sabernos ya salvados por Él y ser sus testigos en la historia humana.

¿En qué consiste dicha Cruz?

No hemos conocido a Jesús, hasta que no se ha integrado en la propia vida el sentido de la Cruz; la Cruz, reveladora del misterio de Cristo, de la Salvación en Cristo, ha de ser *acogida* -que es mucho más que *comprendida*- en el contexto de la propia existencia. Hasta tal punto que, cualquier aspecto de nuestra vida temporal que no encuentre en la Cruz de Cristo su más pleno sentido humano, evidencia a todas luces la carencia de una auténtica evangelización.

Desde ahora, en el seguimiento de Jesús de Nazaret, mi vida no puede llegar a ser auténtica, ni feliz, ni fecunda, ni hermosa, ni libre si no permanece abrazada a la Cruz del Amor. “*Se lo explicaba con toda claridad*”, y era como si les dijera (nos dijera): *Porque yo he venido a este mundo a prender el Fuego del Amor, me he encontrado con el rechazo y la condena por parte de todas las formas de poder de este mundo. Mas, como mi más vivo deseo es que el Fuego del Divino Amor prenda en este mundo, en la historia de los hombres todos, sin lo cual no hay salvación para el Mundo ni para el Hombre, estoy deseando que vosotros, mis seguidores, aceptéis en vuestras vidas la*

Cruz; os hagáis portadores del Fuego del Amor; que no renunciéis nunca ni en nada al Amor, por muchos y graves que puedan ser los obstáculos que encontréis a vuestro paso. No quiere engañarnos Jesús que está muy lejos de ser un charlatán que embauca con fáciles promesas que excluyen nuestra responsabilidad. Aceptarlo a Él como Salvador es reconocer en la Cruz del Amor el camino de la libertad y de la autenticidad para el ser humano.

Jesús habla de Resurrección unida al Fracaso. Se trata de afirmar que Dios no abandona al que es fiel a la misión recibida. Y en medio de la prueba, Dios le manifiesta su Amor de alguna manera. *“El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho... ser ejecutado, y resucitar a los tres días”*. El horizonte de la Resurrección acompaña desde adentro a todo creyente que se abraza a la Cruz de Cristo. Y ello es así, porque se trata de la Cruz emanada de la fidelidad a la propia misión, y en dicha fidelidad, el humano experimenta la satisfacción de haber sido fiel a sí mismo y estar en camino de la más feliz realización. Es la realización por el amor. No me he buscado a mí mismo, ya que de ser así habría rechazado de inmediato la Cruz. He buscado el Amor, el triunfo de la verdad y de la vida; y, al abrazar la Cruz del Amor, la Cruz que me impone el no renunciar a seguir amando aún en medio de todas las dificultades y contradicciones posibles, el Amor (¡Dios!) se hace más presente y más dueño de mi vida humana entera. ¿No es ésta la experiencia que movía a Jesús a entregar su vida para volverla a recuperar (como única forma de no perderla) porque el Padre lo ama? (cf Jn 10,17-18).

¿Cómo hago mía la Cruz de Cristo?

Pero este horizonte, por muy luminoso que sea, no elimina el desgarramiento propio de la Cruz, que sigue siendo tan dolorosa e insoportable. Sólo que, el amor que nos ha llevado hasta ella, permanece en nuestros corazones amasado con nuestro dolor, como gotas de eternidad mezcladas con la experiencia del fracaso y de la muerte. Y, en el colmo del sufrimiento humano, *el que vive crucificado con Cristo*, saborea, hace suya la experiencia de que *el Amor es más fuerte que la Muerte* (¡sólo el Amor puede dar muerte a la Muerte!). Y si no fuese así, si la muerte pudiese con el amor, más fuerte y poderosa que él, resultaría imposible explicar la vida en este mundo, constantemente renacida, rebrotada, rejuvenecida como primavera de las entrañas del invierno que la precede y esconde en su subsuelo. Que sólo el amor puede dar muerte a la muerte, será la experiencia más repetida entre los seguidores de Jesús de Nazaret que no rechazaron la Cruz de su vocación cristiana.

Jesús nos revela el pensamiento de Dios como opuesto de forma irreconciliable con el pensamiento de los hombres. Esta revelación hay que entenderla así: la carne, es decir, el afán de seguridades, de eficacia a ultranza, de dominio sobre otros, de explotación, no son vehículos del Amor, única fuerza que realiza a la persona y salva al mundo. *Se trata de una relación inversamente proporcional a los criterios del mundo, es decir:*

- a mayor afán de seguridades, menor será la fuerza del Amor que actúa en nuestra vida;
- a mayor deseo de eficacia notoria, más grande la experiencia de frustración que le sigue;

- cuanto más inclinado me sienta a dominar sobre otros, a destacar sobre los demás, menor mi capacidad de gozar y enriquecer mi vida con lo bueno de todos;
- cuanto más busque poner los demás a mi servicio, estaré en peores condiciones para vivenciar que *mejor es dar que recibir*.

Un lenguaje muy extraño según las convencionalidades al uso, incluso entre la gente religiosa, como lo era, sin duda, Simón el apóstol:

“Pedro agarró a Jesús y se puso a regañarle. Jesús se volvió, y de cara a los discípulos, regañó a Pedro: ‘¡Quítate de mi vista, Satanás!, que tú no piensas en lo de Dios, sino en lo humano’ (ib. 32b-33).

“Pensar a lo Divino. Pensar a lo Humano”: ¿En qué consiste la contraposición entre ambos pensamientos? Esencialmente -y siempre a la luz de la Palabra-, en que el pensamiento humano, por ser limitado en su capacidad y dirigido básicamente por el instinto de conservación, busca ante todo seguridad, eficacia, claridad convincente, resultando así muchas veces esclavo de los miedos y ansiedades; mientras que el pensamiento divino, por estar libre de todo condicionamiento, excepto el del Amor, busca sólo el Bien máximo posible de los otros, de todas las criaturas, aun a costa de Sí Mismo, es decir, de la propia Persona de Dios, que es el propio Amor Gratuito.

¿Qué nos ofrece a los humanos el mensaje de la Cruz?

Jesús deja bien claro ante todos sus discípulos que, para seguirle a Él, es imprescindible negarse a sí mismo y coger la cruz. Es la paradoja que mejor explica el contenido de la μετανοια cristiana (conversión al Reino de Dios, predicado por Jesús). El que entrega su vida (hasta la muerte) al amor, la encuentra realizada, plenificada en Dios. El que entrega su vida sin resistencia al Reino de Dios en este mundo, se encuentra con que Dios reina ya en su corazón como fuente de paz y de consuelo.

“Después llamó a la gente con sus discípulos y les dijo: ‘El que quiera venirse conmigo, que reniegue de sí mismo, que cargue con su cruz y me siga; porque si uno quiere salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará’.” (Ib 34-35).

Negarse a sí mismo: ¡Es tan fácil instalarse en una existencia inauténtica! No se puede seguir a Jesús sin haber renunciado al falso yo o yo superficial (si bien, esta renuncia no se hace de una vez para siempre, sino que hay que renovarla cada día en el clima de la oración y la vida fraterna). La negación de sí mismo significa, pues, el no hacer concesiones a la mentira como forma de vida, es decir, a todo aquello (valores, objetivos, estilo, etc.), que nos hace creer que la felicidad y el sentido de la vida humana residen en cualquier forma de riquezas, ambiciones, violencia, luchas por el poder... Actuar como dueño de las instituciones, medios, obras e incluso personas (dueños de los hijos, del esposo/a, del amigo/a, de los feligreses o alumnos, etc.), en lugar de hacerlo clara y limpiamente como servidor, es una de las trampas más habituales que nos conducen a hacer de nuestra vida una rotunda mentira. La verdad de una vida radica en negarse a sí misma como de un yo aislado, para recuperarse en un nosotros de servicio, de solidaridad, de comunión.

Coger la Cruz: Aceptar por amor y con amor, todos los riesgos, dificultades, incomprendiones, fracasos..., que comporta el no renunciar a ser en el mundo testigo de la Luz Evangélica. Coger la Cruz **por amor:** respondiendo con generosidad, a la medida de mis fuerzas naturales y de las gracias sobrenaturales anejas a mi vocación, a las necesidades de los hermanos. Se trata de compartir con el mayor número posible el Amor con que soy amado. Y también, coger la Cruz **con amor:** llevando con alegría (paciencia, perseverancia, análisis de la realidad), las dificultades que conlleva todo servicio. Sólo el servicio alegre es testimonial. Y no porque con la alegría se destierren las dificultades del servicio a los hermanos, sino porque al saber que no somos nosotros los salvadores de nada ni de nadie, no dejamos de servir por ello, aceptando nuestras propias limitaciones en una humildad más abierta a la confianza en el Amor de Dios que llega a donde nosotros no llegamos, pero que espera que nosotros lleguemos al máximo posible de nuestras fuerzas.

¿Por qué resulta tan difícil de aceptar (para muchos de nuestros contemporáneos) el lenguaje de la Cruz?

Jesús asegura que, seguirle a Él, es el camino único que conduce a la vida verdadera, pasando por la prueba. *“A ver, ¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si echa a perder su vida? Y, ¿qué podrá dar para recuperarla?”* (Ib 36-37). Lo que significa, entre otras cosas, que: a los creyentes en Dios no se les protege de las dificultades que entraña para todos el llegar a ser persona. Las crisis de maduración personal, las vive también el creyente como parte de la cruz del seguimiento. La Cruz de Cristo se nos revela como camino de Humanidad Verdadera; como ahondamiento en aquellos valores que mejor nos realizan (la Verdad, la Libertad y el Amor).

Tampoco se nos oculta que, para llegar a disfrutar de la presencia de Dios en la propia vida -su Espíritu de Amor derramado en nuestros corazones, como arras de mayores gracias a alcanzar-, se precisa la purificación del alma, la mayoría de las veces dolorosa si no desgarradora. Pero será el Amor de Dios derramado en nuestros corazones el que hará de crisol purificador de nuestra alma; y como tal Amor, incapaz de permitir que su acción purificadora dé otro resultado que la mayor belleza y felicidad del alma en Él purificada. Al fin y al cabo, nos purifica para gozar más con cada uno de nosotros y para que todos nosotros podamos gozar más con Él.

No aceptar la necesidad de la cruz, conduce ineludiblemente a arruinar la propia vida en sus dimensiones más inalienables. *Arruinar*, es aquí sinónimo de no haber llegado a descubrir en el transcurso de mis años terrenales, quién soy yo en la más pura realidad, en lo más valioso de mi ser; así como no haber llegado a gozar del Amor del Padre en relación con mi existencia real y concreta, mi historia personal, mi carácter, mis circunstancias personales y comunitarias.

Por último, Jesús nos advierte que nunca podremos considerar nuestra vocación cristiana como motivo de vergüenza, es decir, como si el ser cristiano en el mundo de hoy, nos pusiera en ridículo delante de la mentalidad fuerte y agresiva del pensamiento secular y postmoderno.

“Pues..., quien se avergüence de mí y de mis palabras ante los incrédulos y los que realizan la mentira en este mundo, también el Hijo del Hombre se avergonzará de él cuando venga con la gloria de su Padre entre los santos ángeles” (Ib 38).

Muy al contrario, la conciencia de ser suyos y de haber sido llamados a colaborar en la venida del Reino de Dios a este mundo concreto en que nos ha tocado vivir, debe ser en cada uno de nosotros la raíz siempre viva y vitalizadora de nuestro gozo más profundo y de nuestra audacia más creativa. (¿Cristianos vergonzantes?: ¿se avergonzaría una rosa de ser la más hermosa entre todas sus congéneres; o la Venus de Milo y el Discóbolo de Mirón de desafiar los siglos con su deslumbrante belleza corporal?).

Los ángeles de Dios, de los que habla Jesús, y que Acompañan su misión y su triunfo como Redentor (fuerzas de la Divinidad que actúan en el mundo y en la historia de los hombres), encuentran su cauce de acción vivificadora en las vidas de los creyentes que no esconden la luz de su vocación evangélica ante los desafíos de cualquier situación cultural e histórica, aun cuando ésta esgrima las armas de la incredulidad o, más grave aún, de la indiferencia ante la Buena Nueva de la salvación única por el Amor. La alegría de la fe, de haber abrazado la Cruz del Amor, es *παρρησία* (osadía de ánimo y de palabra) ante los límites de todas las falsas concepciones de la vida.

Conclusión. Si el amor no fuera más fuerte que la muerte...

¿Puede vivirse la propia muerte (y la muerte de todo cuanto tiene peso y medida, espacio y tiempo) como parte o contenido de la Cruz Cristiana? En caso negativo, ¿no resultaría la muerte la fatalidad más nefasta, la alienación más total de todos los valores perseguidos y cultivados a través del amor? ¿De qué sirve el amor si es para la muerte? ¿Por qué amar la vida si ella toda se ha de perder en el agujero negro de la muerte? ¿Para qué luchar por un mundo mejor, si el mejor de los mundo posibles es igualmente un mundo de muerte, para la muerte?

Tales interrogantes no carecen de garra inquietadora. En justa razón, si el amor es el valor primordial de la vida, su eje vertebrador y dinamizador, que da fundamento y coraje para luchar contra la muerte y todas sus manifestaciones de injusticia, violencia, pérdidas irreparables..., es el amor, el tiempo vivido como amor, entregado al amor, y después negado absolutamente por la muerte, la realidad más ridícula de la existencia

humana. ¡El amor vencido por la muerte! ¡La muerte campeadora sobre los nobles sentimientos y elevadas aspiraciones del corazón humano! ¡La muerte como palabra última, explicación sin explicación (¿pues quién la podría recibir?) de quiénes somos, y qué hemos venido a hacer en este mundo! Al final, sólo la muerte.

Así sería *si el amor no fuera más fuerte que la muerte*. Pero tal expresión (desprendida del Cantar de los Cantares), no sería más que otra fórmula de alienación, si el que la pronuncia no tuviera ya en su corazón la experiencia de un amor por el que ha muerto a sí mismo (tal vez muchas veces), por el que ha valido la pena morir en grado elevadísimo (morir sin poder dejar de vivir, pues la muerte física hubiera sido una liberación), a fin de que, aunque muera yo, no muera el amor. Suena a paradoja romántica. Lo sé. Pero igualmente sé que no lo es.

Las cosas que más he gustado en esta vida y que más me han hecho creer en mí mismo y en Dios, y que más me han permitido crecer en esperanza y lucha, han sido, ¡sin duda!, las que he podido saborear a través de la muerte de mis potencias y sentidos: noches oscuras de mis afanes de posesión, de mis dependencias de los valores limitados de las criaturas, de la aceptación gustosa de situaciones límite en las que mis fuerzas humanas ya no podían continuar existiendo para mí, pero me pedían seguir existiendo para otros. Y cuando resultaba más cómodo morir que vivir (¿quién no se ha encontrado nunca en situaciones semejantes?), querer seguir viviendo, empeñarse en vivir pese a tormento tanto, equivalía a subirse mansamente a la Cruz del Amor, al árbol del Pastorcico, y con Él extender los brazos, y quedar muerto como Él, *el pecho del amor muy lastimado*.

Cuaresma 2012